

hay de bueno ó de gloria en esto? ¿Por qué derecho ó razón le dedico mis obras y trabajos, y ando reventando por tenerla en pie? ¿Por ventura es mi Dios? ¿Hame de dar vida eterna? ¿Por qué título le viene que yo sea su esclavo, le sirva con hacienda, con fuerzas, con salud y con alma? ¿Hay locura ni ceguedad en una criatura libre, hija de tan honrados padres, comprada con tanta costa, tan preciosa sangre, y tan amarga muerte? Así ha de ir discurriendo para arrancar los afectos ciegos irracionales, que tiene el alma echados de tantos años tan hondos cimientos en el aire de su vanidad, donde caen los Ícaros hasta el abismo.

---

## VIERNES

---

### MEDITACIÓN XII

DE LA COLUNA, CORONA DE ESPINAS Y ECCE HOMO

---

#### PUNTO PRIMERO

1. Viendo el Presidente qué encarnizados venían aquellos lobos en aquel cordero, y cuán deseosos de beberle la sangre, por satisfacerlos en algo y que remitiesen el odio, se determinó á mandarle azotar. Llevaron sus ministros á Cristo nuestro Señor al patio, donde estaba una media coluna con su argolla; y desnudáronle y atáronle á la argolla de la coluna; y arrebatados de los demonios le dieron cinco mil azotes, no dejando en su sacratísimo cuerpo cosa sana, y derramando una balsa de sangre á sus pies: cuando lo desataron, dicen que cayó sin fuerzas y se bañó en su sangre, y fué ri-

sa de los verdugos; y para mayor escarnio le escondieron los vestidos; y los anduvo buscando con gran afrenta y desprecio.

2. Pondérese, lo primero, la sed de Jesús de dar por mí su sangre, ya que quiso llegar á tan vil castigo por mi amor, que sin medida quiso ser azotado sin piedad. Hasta que se encienda esta sed de sufrir afrentas y dolores, no se hace nada firme: éntrese el alma en aquel dulcísimo pecho de Jesús; y vea su Corazón y con qué ansia derrama su sangre por mi amor; y envidie su humildad; y pídale que le mude su corazón de piedra.

3. Pondérese aquella caída y baño en su sangre, que parece que caía de flaqueza, y no era sino estima de aquel tesoro consagrado con su divinidad. Aquí llega el alma á bañar su corazón, y ungir sus ojos con este colirio del cielo; y le dice á su Señor mil ternuras: *¿Cómo anda tan pródigo de su sangre con los lobos, y se la da á arroyos á beber; y á mí, Señor, me*

*niega una gota para enternecer con ella este pedernal?*

4. Pondérese, en el andar buscando sangriento y desollado sus vestidos, cómo no dejó circunstancia de dolor ni afrenta que no tomase; y quédese suspensa el alma con lo de Isaías (1): «Como cordero que llevan á sacrificar no abrió su boca.» Y en el Evangelio (2): «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.» Con qué paz, sin moverse ni á ira ni á tristeza. Este sí que es rey de las virtudes, maestro de la sabiduría del cielo.

#### PUNTO SEGUNDO

5. Los soldados, por hacerle más afrenta y dolor, dijeron: Este es el que se quiso hacer rey, hagámosle nosotros; y trajeron unas espinas y le coronaron, entrando más de setenta espinas dentro

(1) Sicut agnus, qui portatur ad victimam, non aperuit os suum.

(2) Discite a me, quia mitis sum, et humilis corde.

de su sagrado cerebro; y le pusieron una caña por cetro, y una ropa colorada y sucia; y le hincaban la rodilla diciendo (1): «Dios te salve, Rey de los judíos;» y le daban con la caña.

6. Pondérese como se preparaba el Esposo de las almas para ir al tálamo de la cruz, y á enamorar á sus esposas. Aquí ponderaré cada palabra de los Cantares (2): «Salid, hijas de Sión, vereis al rey Salomón con la corona, que su madre la Sinagoga le puso el día de su desposorio, y el día de la alegría de su Corazón.»

7. Pondérese cómo tantos testimonios nos da de su amor cuantas son sus espinas y sus afrentas; y vuelva sobre sí esta alma desconocida y villana; y acabe de creer que su Dios la ama, y que darle de sus espinas no es ira, sino amor. Pondérese qué buen enamorado, que hace co-

(1) Ave, Rex judæorum.

(2) Egredimini et videte, filiæ Sion, regem Salomonem in diademate, quo coronavit illum mater sua in die desponsationis illius, et in die lætitiæ cordis ejus.

ronado de las espinas, qué padece por nuestro amor. Aquí se pone el alma á reconocer la majestad entre tantas tinieblas; y le dice (1): «Tú eres rey de la gloria, tú hijo del eterno Padre.»

#### PUNTO TERCERO

8. Cuando le vió Pilatos, quedó espantado de ver tan desfigurado á Cristo Señor nuestro; y creyendo que á sus mismos enemigos les había de causar lástima, salió con Él en público y se lo mostró al pueblo, diciendo (2): «Veis aquí al hombre.» Y ellos gritaron (3): «Quítale, quítale, crucifícale.» Pilatos replicó (4): «¿A vuestro rey he de crucificar?» Respondieron (5): «No tenemos rey, sino al César.» Ponderar los medios que toma Nuestro Señor para rendir los corazones,

(1) Tu Rex gloriæ, Christe, tu Patris sempiternus est filius.

(2) Ecce homo.

(3) Tolle, tolle, crucifige eum.

(4) Regem vestrum crucifigam?

(5) Non habemus regem, nisi Cæsarem.

y cómo los hombres se endurecen más con ellos; la compasión que á una bestia le damos, no la hubo en aquellos pérfidos judíos, que (1) «de gracia me aborrecieron.»

9. Ponderar que en cierta manera es hoy mayor nuestra maldad, pues habiendo ya creído que es Dios, y que por mi amor se puso tal, con obras le negamos y le aborrecemos.

10. Ponderar el *no tenemos rey, sino al César*. Cuanto más estimamos y obedecemos al mundo y á sus leyes, que á Cristo, no le queremos por rey sino en palabras, no en verdad, pues no hacemos cuenta de sus leyes ni de sus ejemplos.

11. En estos tres puntos se ha de proceder unas veces por *compasión* de los trabajos de Cristo, viendo que yo soy culpado, y Él inocente y santo; otras por *dolor* de haber pecado, y sido causa de sus tormentos y afrentas; otras por *admiration* de sus virtudes reales, fuerzas, va-

(1) Odio habuerunt me gratis.

lentías y hazañas de Dios hombre; usaré también de *afectos tiernos*, ungiendo mis sentidos llagados, ya que me dan el bálsamo de su sangre, y también de *preguntas*: ¿por qué á ingratos tanto dar con tanta costa, y tanto amor?

## SÁBADO

---

### MEDITACIÓN XIII

DE LA CRUZ Á CUESTAS

---

#### PUNTO PRIMERO

1. Conoció el Presidente la inocencia de Cristo; mas, en oyendo de los Pontífices que si le soltaba no era amigo del César, tuvo miedo y dejóse vencer; y juzgó que debía condescender con ellos; y condenó el mal juez á muerte de cruz al inocente; pidió agua, y lavándose dijo: *Inocente estoy de la sangre de este justo.*

El pueblo respondió: *Su sangre venga sobre nosotros, y sobre nuestros hijos.*

2. Lo primero se pondera la fealdad que tuvo un juez idólatra en condenar la inocencia, por no perder la amistad del César; con cuánta más razón se queja Nuestro Señor de jueces que se llaman cristianos, y no están dedicados al servicio de Cristo, sino al de su rey; y esto, aunque mande lo que no quiere Dios. Mucho importaría, por más dificultoso que sea, arrancar de raíz este apetito vehementemente de agrandar á reyes, que á los jueces cristianos les da guerra disimulada, diciendo que no lo desean, sino cuando fuere conforme á Dios; mas, llegando el caso, los ciega, y andan buscando cómo justificar el gusto y los intereses del rey, aunque la conciencia les diga que es contra Dios; y buscan razones aparentes para acallarle: en el juicio de Dios se verán condenar, donde no valen ficciones. Cuando la intención está limpia y busca primero á Dios y lo que es más seguro, no

se acuerda del rey ni del papa, si mandan contra Dios.

3. Ponderar cómo quiso excusar su maldad el gentil; y los jueces cristianos, cuán descaradamente, como el pueblo, dicen: *Su sangre venga sobre nosotros, y sobre nuestros hijos;* se cargan de la sangre de Cristo contra sí, y contra sus hijos. Aquí es de considerar cómo, los que más conocen y tratan con Dios, caen más recio y le ofenden con tanta satisfacción, como si obraran virtudes. No sea, alma mía, esta luz y estos llamamientos que te da Dios, para más juicio, más condenación, y más ceguedad; aprovechémonos de la misericordia, porque no se dé á otro la corona. Nunca esta espina y temor santo se había de arrancar del corazón; que vanas seguridades temerariamente nos meten en los peligros, nos derriban del cielo de la buena conciencia, como á Lucifer, á unas tinieblas irremediables.

4. Pondérese con qué serenidad y mansedumbre admitió la sentencia, y ¡qué

sentencia! y ¡de qué juez! Conviene muchas veces volver los ojos á esta luz soberana, que de este sol aprenden todos los justos, y es no mirar en nada á las criaturas vanas é ignorantes y mudables, sino mirar al cielo, de donde todo viene ordenado con justicia y razones divinas; que si mira uno al agua, se ahoga el corazón, viendo tanta maldad, como reina en la tierra. Miró el Hijo de Dios que era sentencia de su padre, por haberse cargado Él mismo de nuestros pecados; y así la recibió contento y así reciben los justos sus hijos los agravios de los hombres. Aquí va el alma á dar á su Señor la nueva, y pedirle perdón y darle gracias, con un razonamiento sentido y tierno, suplicándole que tan grande trabajo y precio no sea en balde para mí, y que ofrezca esta muerte al Padre, para que yo sea de los escogidos.

PUNTO SEGUNDO

5. Admitida la sentencia, para más tormento, para más afrenta, para más amor, el Cordero santo ordenó que le pudiesen la cruz sobre sus hombros: tomando la cruz sobre sus hombros salió al Calvario. Una representación devotísima debe hacer el alma en este paso: mirar á su rey molido y desangrado con la corona de su reino, la de espinas, y el cetro imperial, la cruz *super humerum ejus*, sobre sus hombros. Mirar como abraza á dos brazos la cruz; y déle mil envidias de la grandeza de corazón con que el nuevo Isaac toma la leña en que ha de ser sacrificado: imaginaré que me mira y me llama: *Hijo, vente tras de mí; y ayúdame á llevar esta cruz, tomando de ella una pequeña astilla; y no presumas que regalado y honrado puedes venir tras de mí; ni parecerá bien el criado delicado delante de un señor tan afligido.*

6. Hay aquí un punto de gran substan-

cia, y es *reconocer* en qué cosas y trabajos me tiene á mí puesta la *cruz* Nuestro Señor; y, por no saber esto, aun personas espirituales la sueltan, la desconocen, la aborrecen, y piensan que les estorba para ir á Dios, siendo ceguedad de su entendimiento, ó por mejor decir de su amor propio, que no querría este camino; porque trabajo venido por mano de Dios, aunque sea cualquier tentación apretada de vanidad, de ira, de deshonestidad, etc. es cruz y la da su Majestad para corona, y no para tropiezo ni caída: así dice de Jacob (1): «Dióle una fuerte batalla, para que venciese y supiese que la sabiduría es más poderosa que todas las cosas.»

7. Miraré despacio cómo quiere Dios que lleve mi cruz, y cómo quiere que pelee con ella, y qué es la causa de aborrecer el medio de mi vida eterna; y comenzaré la batalla con consejo y fuerza, consultando con Dios por donde se le ha

(1) Certamen forte dedit illi, ut vinceret, et sciret, quoniam omnium potentior est sapientia.

de batir el muro al apetito luciferino de *presunción*, de *parecer bien*, de *ser estimado*, y al apetito del *deleite deshonesto*, tan usado á vencer nuestra flaqueza; y, estando ya bien resuelto de darles guerra, arremeter perdido el miedo al aire de la vanidad, y á esta carne sucia, halagüeña y traidora, comenzando desde hoy á vivir como hombre de razón.

#### PUNTO TERCERO

8. Tres accidentes hubo en el camino de mucha devoción: en el encuentro con la Virgen, unos se mueven con el dolor de Madre y de Hijo; otros mejor con la envidia de la Madre, de que padecía ella aquellos dolores y afrentas por dar gusto á Dios, si bien las injurias que veía hacer á la Majestad divina la pasaban el corazón. ¿Cómo se mirarían los dos enamorados, y cada uno sentiría más las penas del otro que las suyas? Los hijos esclavos de María en este paso negocian mucho con su Señora, aseguran su salvación por

intercesión suya, aprenden de ella la resignación, la paz, etc.

9. Otro caso fué, cuando vió llorar á las mujeres piadosas, y les dijo (1): «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino sobre vosotras. Si en el madero verde se hacen estas cosas, en el leño seco ¿qué se hará?» Detener el pensamiento en *si in ligno viridi hæc faciunt, in arido quid fiet?* Otro cuando cayó con la cruz, y aquella valentísima alma consumió todas sus fuerzas, hasta no poder más. Llegue el alma, y ofrézcase á llevar la cruz, que su Majestad le diere, que en compañía de Jesús toda carga se hace ligera.

---

(1) *Filiæ Jerusalem, nolite flere super me, sed super vos ipsas flete. Nam, si in ligno viridi hæc faciunt, in arido quid fiet?*

## DOMINGO

---

### MEDITACIÓN XIV

DE LOS MISTERIOS DEL MONTE CALVARIO

---

#### PUNTO PRIMERO

1. Llegó Cristo al monte Calvario, desnudáronle sus dos túnicas, recostáronle en aquel duro lecho, claváronle de pies y manos; y al levantar el estandarte real con la imágen viva de Dios Padre, tembló la tierra, rasgóse el velo, escondióse el sol, obscurecióse el aire, y se hicieron pedazos las piedras de sentimiento.

2. La mejor manera de gozar de este gran convite, que Dios hace á las almas sus amigas, que es el mismo de quien está escrito (1): «Y hará el Señor en este

(1) *Et faciet Dominus in monte hoc convivium pinguium.*



monte un convite regalado,» es entrarse por este monte santo, mirándolo todo en particular, y convidando sus sentidos que gocen de estos regalos de Dios; y el alma con admiración diga, viéndole arder en dolores sin consumirse su amor ni su paciencia (1): «Llegaré y veré esta visión grande, como arde la zarza y no se consume.» Mire en aquel oratorio de María, que sola Ella penetró los misterios altísimos que debajo de aquellas nubes negras obraba su hijo para nuestra redención. Mire, cómo para más atención y devoción se llenó de obscuridad el monte, de sentimiento y dolor las criaturas, por ver desnudo á su Señor, y afrentado y desgarrado en una cruz. Ponga sus ojos en aquel sol escondido en la nube de sus afrentas, dando desde allí más fuerza á los rayos de su amor para abrasar los corazones, por ser allí mayores las muestras que daba de querernos bien. Admírese de

(1) Vadam, et videbo visionem hanc magnam, quomodo ardeat rubus, et non comburatur.

tan extraño modo de reinar de tan nuevo desposado. Mire qué corona, qué trono, qué anillos, qué bordados, qué grana, qué manjares, qué vinos regalados.

3. Lo más dulce, y que menos cansa, es entrar preguntando: *¿Qué hombre es éste que está colgado en este madero? ¿Qué nueva traza de corona se ha puesto? ¿Qué dice aquel letrado? Éste es rey. ¿Aquí toma la posesión del reino? ¿Aquí reparte reinos un desnudo desgarrado? ¿Tanta sed hay de sangre en el difunto por darla, que aun después dió la del corazón, que sola quedaba; y en sus enemigos por beberla, para que sea abierto aquel costado? ¡Cuántas puertas, santo Dios, se han abierto á las almas, palomas para anidar y defenderse y gozar del cielo en esta vida! Por poca fuerza que haga el alma á su pensamiento á que lo esté mirando, es fuerza que se abra, aunque sea de piedra, pues ellas sienten á vista de este maravilloso espectáculo.*

4. Este es el convite espléndido que le

hacen al hombre de todas las virtudes; que todas las hallará, si sabe considerarlo, en Cristo crucificado, coronadas y en su trono. Lo que los ojos de la Virgen alcanzaban á ver, no era tanto dolor cuanto victorias de Cristo; que si bien parecía estar muriendo, juntamente estaba el fortísimo León de Judá degollando á sus enemigos, los tres conocidos, á la muerte, al demonio y al pecado.

PUNTO SEGUNDO

5. El Maestro del cielo, en viéndose en la cátedra de la cruz, nos enseñó en siete palabras su sabiduría celestial. La primera: *Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen*. Lo más fuerte del amor es abrazar los enemigos. Y ¡cómo los excusa delante de su padre! y ¡cómo está dando la sangre y la vida por ellos!

6. La segunda al buen Ladrón, que le pedía se acordase de él en su reino, le dijo: *Hoy estarás conmigo en el paraíso*. Mas ¡qué agradecido rey por un recono-

cimiento que tuvo un ladrón, tan debido á su inocencia! ¡Qué no podrá esperar mi alma, pues tantas veces le adora y le confiesa!

6. La tercera, á su madre y al discípulo amado: *Mujer, mira á tu hijo*, y á san Juan: *Mira á tu madre*. Con este derecho tengo de argüir á Nuestra Señora, que en san Juan le mandó Cristo nos tuviese á todos por hijos, suplicándole se acuerde en qué paso, con qué ansias, y con qué deseo de que nos amparase nos encomendó. Ahora es el tiempo de ir á reconocer esta madre, besarle la mano y tomar la posesión de este paraíso celestial, como lo hizo san Juan que desde aquella hora la recibió por todos sus tesoros.

7. La cuarta, cuando se quejó al Padre: *Dios mío, ¿por qué me has desamparado?* A este modo me puedo yo quejar que no sólo su Majestad me deja en trabajos, sino también en culpas: *¿Cómo, Señor, me habéis dejado en manos de mis ape-*

litos, y no habeis puesto delante de vuestros ojos la sangre de vuestro hijo? Ya veo que yo no le he estimado ni me he valido de este sacrificio; ahora, Señor, que miro lo que perdí, os ruego que se pesen mis pecados en la balanza de la cruz, y se ahoguen en la sangre de vuestro hijo.

8. La quinta palabra dijo, estando ya muy desangrado, que fué: *Sed tengo*; y tenía la por dos razones, por la falta de la sangre, y no le dieron una sola gota de agua, sino sólo vinagre; y tenía también sed de mis amores, y me pide como á la Samaritana que le dé de beber; y yo le doy vinagre de culpas, conociendo ya que es mi Dios. No creo que los demonios estuvieran tan duros, si su Dios les pidiera con tanto amor de beber: *No más, Señor mío, amargar vuestro gusto; todo yo me quiero hacer holocausto, y dar mala vida á los sentidos, renunciando todo lo superfluo de este mundo, pero confortad, Señor Dios, mi flaqueza, para degollar á este mi amor propio, que tiene contra mi grande*

*fuerza, y caen mis propósitos con qualquiera ocasión.*

9. La sexta palabra fué: *Ya está acabada la obra*. No dejó ni en dolores ni acciones ni tiempo ni palabras cosa por cumplir de lo ordenado *ab æterno* por su padre. Esta sí que es obediencia, ésta es valentía de amor, y gloria de enamorado, y corona de triunfador.

10. La séptima palabra fué: *En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu*; y diciendo esto expiró.

#### PUNTO TERCERO

11. Este punto será del descendimiento de la cruz, de la soledad en que quedó Nuestra Señora, heredera forzosa de aquellos riquísimos despojos que quedaron del hijo difunto y de la cruz; de cómo se hizo el entierro, y la Virgen se despidió de su hijo, y se fué con san Juan llena de dolor y de esperanza de su resurrección.

12. Toda esta meditación son grandes

afectos y ternuras tomando por mías aquellas reliquias preciosas de las espinas y clavos, ponderando mucho lo que Dios se ha hundido por mi amor, como lo pondera el Apóstol: *Humillóse á sí mismo el Señor Jesús hasta la muerte, y más muerte de cruz; y acabaré de entender que no hay otro paso para el cielo, sino éste de la cruz, y que si he de hallar á Cristo ha de ser en cruz y espinas, ofreciéndome á todo por hallar á Dios: que todo es barato, por hallar un tesoro tan grande.*

---

CAPÍTULO III

---

Via unitiva

---

SEMANA CUARTA

LUNES

---

MEDITACIÓN PRIMERA

DE LA RESURRECCIÓN DE CRISTO NUESTRO SEÑOR

---

PUNTO PRIMERO

1. En expirando Cristo en la cruz comenzaron sus triunfos y sus glorias; porque aquella alma endiosada, como vencedora de la muerte y del infierno, bajó á saquear al demonio, y quitarle los cautivos que tenía en el limbo, donde los santos Padres y cuantos en gracia de Dios habían muerto, estaban detenidos sin po-